

Se dice que la figura de Napoleón Bonaparte ha inspirado más libros que días hayan transcurrido desde su muerte, el 5 de mayo de 1821. Ha interesado a escritores e historiadores de todo el mundo, tal vez porque, como dijo Goethe y citaba Emil Ludwig en su *Napoleón* (1924), hay algo en su historia que resulta inapreciable. De su arrasadora personalidad nos interesa todo, de modo que cómo no nos va interesar la correspondencia con su primera esposa, y gran amor de su vida, Josefina de Beauharnais. Hace años se publicó una edición de las cartas comentada, en una prosa hoy francamente envejecida, por Matilde Muñoz (*Napoleón. Sus cartas de amor a Josefina*; Juventud, 1935), pero sólo incluía algunas misivas.

La escritora Ángeles Caso ha traducido y editado las 265 cartas que se conservan de Bonaparte dirigidas a su esposa y las cinco escritas por Josefina, reunidas por Jacques Haumont en 1985. Por descontado que fueron muchas más las que se cruzaron los cónyuges a lo largo de los trece años que duró su matrimonio, pues Napoleón tenía por costumbre escribir a Josefina casi diariamente. No puede decirse lo mismo de ella, pero sin duda fueron bastantes más de cinco sus cartas.

Seis años más joven

Pese a la evidencia, como señala Caso, sólo disponemos de una pequeña parte del corpus y los vacíos temporales son considerables, aunque subsanados en la bella edición de Fórcola por los oportunos comentarios explicativos que aporta la editora. En todo caso, no importa que la colección no esté completa; las cartas disponibles, bien traducidas y agrupadas por periodos, son suficientes para comprender la grandeza de los sentimientos de Napoleón y la pasión delirante que sintió por Josefina en los primeros años de su relación conyugal. Mientras ella, viuda a los



Napoleón y Josefina en Malmaison (grabado de 1824)

NAPOLEÓN ENAMORADO

Conocer a Josefina de Beauharnais trastornó a Napoleón. Por ella sintió un amor arrebatado que no cuajó y que en su mujer tenía más de cálculo e interés. Sus cartas nos descubren esta pasión

32 años, calculó su casamiento, con el deseo de estabilizar su inestable posición económica y social y un pasado amoroso capaz de imponer respeto, el solitario general Bonaparte (seis años más joven) quedó abducido por aquella experimentada mujer que, sin ser bella ni demasiado joven, desprendía un poderoso encan-

to y un talento innato para seducir, al vacío si era menester, con su languidez y su misterio.

Día y medio después de casarse, Napoleón se veía obligado a dejar a su amada Josefina

para tomar el mando del ejército francés en Italia. Sus ayudantes le vieron salir de la casa de la rue Chantierine (donde vivía Josefina) lívido, vaci-

lante y abstraído. Aquella brusca interrupción de un deseo que en Napoleón era torpe y volcánico y que había experimentado en toda su plenitud por primera vez, se convirtió para él, inesperadamente, en una tortura interior, una experiencia sofocante que no llegaría a extinguirse del todo. Fue la íntima soledad de Napoleón la que lo ató a una mujer que fue su felicidad, pero también su deshonra, por sus múltiples amores y sus cuentas impagadas.

UNA PEQUEÑA JOYA EN LA QUE SE APRECIA EL DESARROLLO DE UNA EXTRAÑA RELACIÓN SENTIMENTAL

¿Cómo era Josefina? Él la necesitaba tanto que un día, tan sólo unos meses antes de su divorcio, tuvo un desfallecimiento al verse incapaz de «dejarla», como se había impuesto a sí mismo, por obsesionarse con el heredero que Josefina no le podía dar. La sustituiría en el trono por una Habsburgo, una joven asustadiza que había crecido detestando a Napoleón y lo abandonaría al primer revés, llevándose al hijo de ambos, el que debía ser rey de Roma y no pudo ser nada.

Ante la gran diosa

La correspondencia de Napoleón, lo que queda de ella, es una pequeña joya en la que se aprecia el desarrollo de una extraña relación sentimental hecha de afectos e intereses, pero dotada al principio de una intensidad torrencial, seguida de un hondo sentimiento de lealtad por parte de Napoleón. Y es muy curioso observar cómo su estrategia amorosa al comienzo, su modo de mostrarse anhelante y humillado ante la gran diosa, no fue la más adecuada para despertar el deseo de la criolla nacida en la Martinica.

Bastó que él diera cabida en su vida a otras mujeres (pocas) para que Josefina le prestara atención, sintiera celos y comprendiera que estaba ante un hombre fuera de lo común. Así lo vería Napoleón años después cuando le escribe: «Para que las mujeres nos amen, deben tener dudas y temor respecto a la amplitud y duración de su poder». Pero Josefina sabía mucho más que eso.

ANNA CABALLÉ

NAPOLEÓN Y JOSEFINA, CARTAS, EN EL AMOR Y

**EN LA
GUERRA
ÁNGELES
CASO**

Ensayo
Fórcola, 2014
22,50 euros

★★★★★

